
La cuestión social para quien la trabaja. Límites, derivas y potencialidades de la cuestión social desde la perspectiva del Trabajo social

Mesa 61: Límites y potencialidades del concepto “Cuestión social” y “Nueva cuestión social”.
Sus implicancias para la definición de políticas sociales y para la intervención

Mgter. Nicolás Alberto Lobos. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. UNCuyo. SIIP.
nlobos33@gmail.com

Resumen

La cuestión social es generalmente presentada en ciencias sociales como una falla o negatividad que habría que subsanar. En esta ponencia partiremos de una hipótesis diferente que esperamos sea de interés en el ámbito del Trabajo social. Sostendremos que la cuestión social es una positividad, una interesante, abigarrada y adamscada ideología material, una realidad notablemente consistente, claramente dialéctica y relativamente autónoma, un territorio a habitar y un campo de batalla a defender. No es para nosotros una pregunta sino más bien una respuesta y su fin -desde esta perspectiva- no sería una buena noticia.

Presentaremos la emergencia y la procedencia de la cuestión social como un campo donde confluyen tanto las necesidades del modo de producción capitalista como las estrategias biopolíticas del Estado Nación, tanto las apuestas de los primeros feminismos como diferentes luchas populares dando por resultado un precipitado de relaciones complejas de estabilidad precaria y en ciertas condiciones altamente explosiva entre las clases sociales. La cuestión social es un efecto del capitalismo a la vez que un posible pero insuficiente remedio con límites precisos y potencialidades notables. Se trata de un espacio limitado, contradictorio, dialéctico y de imposible resolución donde se anudan intereses y goces, donde se celebran todo tipo de pactos y alianzas entre fuerzas sociales, donde todo recurso y toda intervención será siempre insuficiente y donde -sin embargo- una cierta potencia y posibilidades se abren a condición de -por un lado- dejar de considerarla una enfermedad a curar y -por otro lado- dejar de renegar de la contradicción; es decir, no considerarla una tara sino más bien lo que nos permite respirar.

Palabras claves: cuestión social, trabajo social, contradicción social

1. Introducción

La ponencia que corresponde al título y al resumen estaba escrita para el año pasado, la pandemia hizo lo suyo y yo terminé publicando el texto en la revista Debate Público de la UBA(Lobos, “La cuestión social para quien la trabaja. Pensar desde las prácticas interventivas (más que desde idealismos críticos o sociologías hiperbólicas)”, 2020. Junio). Para no repetirme, entonces, pero sin embargo dar cuenta del título haré un resumen de ese artículo mientras voy desarrollando las posiciones teóricas que dan cuenta de las tesis que he planteado en ese texto, digamos que esta ponencia sería una secuela y una precuela del mismo.

Comencemos por señalar que la cuestión social no es la pobreza, la desigualdad o la explotación. La cuestión social es la reunión, visualización, estandarización, anudamiento, tratamiento y negociación de algunos efectos de la desigualdad y la explotación (a los que podríamos agregar el patriarcado y el colonialismo). Es el proceso de producción de una fantasmal, contradictoria, aunque relativamente mullida realidad, proceso de producción del que los y las trabajadoras sociales participan desde el comienzo. Es decir, la cuestión social no preexiste a los y las trabajadoras sociales ni a las políticas sociales ni a cierta forma característica de Estado. Lo que han hecho los y las trabajadoras sociales (y los diseñadores de políticas sociales) es edificar la cuestión social para habitarla, trazarla para navegarla, conceptualizarla para gestionarla, es decir, hacerla transitable y eventualmente vivible.

La cuestión social es antes una respuesta que una pregunta. No es un conjunto de fallas, faltas, deficiencias e injusticias que tendrían que ver con las condiciones materiales de existencia, sino un tejido relativamente sólido, aunque espectral, compuesto de redes, lazos y nudos que sostienen y acompañan al mismo tiempo que oprimen. La cuestión social no es algo que vaya a desaparecer cuando todo funcione finalmente bien sino un espacio de lucha reglada a defender. La cuestión social es un espacio codificado donde se continúa la lucha de clases y la guerra de los sexos pero que está tejido de parciales acuerdos, compromisos, negociaciones, tensiones y coyunturales pacificaciones. “Lo otro” de la cuestión social no sería la sociedad finalmente armónica e igualitaria que emergería cuando desaparezca por fin el capitalismo, el patriarcado o el colonialismo, tampoco sería algún paraíso terrenal comunitario pre moderno, sino el fascismo de las nuevas derechas que están proliferando

en Occidente y que no dudan en proponer la “solución final” para pobres, débiles y perdedores. En ese sentido, plantear el fin de la cuestión social, no sería una buena noticia.

2. Desarrollo

Hay dos formas básicas de pensar las prácticas y la historia, incluso la cuestión social. Una es suponer la preexistencia de entidades claras y distintas, sujetos y objetos, todos higiénicamente separados. Desde esta perspectiva el problema es entender cómo se relacionan los sujetos con los objetos y los sujetos entre sí o –en último caso– por qué no lo hacen. Sostener la preexistencia de entidades claras y distintas le hace sentir a uno que está pisando tierra firme, le da confianza y seguridad. Es cierto que, de vez en cuando, habrá que cruzar un río o tender un puente, pero en definitiva siempre pasamos de una costa a la otra, de tierra firme a tierra firme. Estamos hablando de la tradición que nace con Parménides y que después de un largo recorrido llega a Durkheim y entre otros a Castel y a Donzelot. Allí hablamos de “la sociedad”, “lo social”, “lo político”, “lo económico”, “lo cultural”, “lo psicológico”. En ese plan buscamos el origen de las cosas, ya sea de la neurosis o de la cuestión social y acunamos la esperanza de que, al encontrarlo, también hallaremos el fin o la salida. La esperanza que nos guía es la de identificar el punto donde las cosas se desviaron, el momento del error o del contagio, de la flaqueza o de la mezquindad y por lo tanto también la forma de enderezarlas, corregirlas o curarlas. En esa misma línea se afirma que Trabajo Social nació para solucionar la cuestión social o que la medicina nació para luchar contra la enfermedad o que los jueces están allí para hacer justicia. Como si la cuestión social, la enfermedad o la injusticia fueran disfuncionamientos, errores o fallas del sistema. La idea de que la cuestión social tiene un origen implica la doble falacia de que tendrá una solución y de que para eso nació Trabajo Social. En este sentido se habla de “manifestaciones de la cuestión social” como si se tratara de un cuerpo que muestra la infección a través del pus o de la fiebre o de un planeta que emite señales magnéticas, digamos “un algo que se revela”. Allí se habla de intervenir *en* la cuestión social, o *sobre* la cuestión social, como si el diseñador de políticas sociales o el trabajador social vinieran desde afuera y desde arriba. En realidad, el/la trabajadora social forma parte de la cuestión social como los médicos forman parte de la enfermedad y como los psiquiatras forman parte de la psicosis.

La otra tradición es la que comienza con Heráclito abarcando a Spinoza, Marx, Althusser, Lacan y entre otros a Karsz. Allí, por el contrario, el supuesto es que todo fluye. Allí no hay entidades preexistentes: estamos desde siempre ya navegando en las aguas turbulentas de las prácticas donde eventualmente nos cruzamos con algunas pequeñas islas y bancos de

arena que pueden cobijarnos e incluso con algunos troncos a la deriva con los que podemos construir algún tipo de balsa, alguna estructura inestable pero flotante, todo esto en el medio de un torrente vasto y ajeno. Incluso nosotros mismos tampoco preexistimos al torrente, sino que vamos tomando forma a partir de la construcción de las balsas. Cuando adherimos a la primera tradición, la de Parménides-Durkheim-Castel-Donzelot, afirmamos la existencia de la sociedad, de lo social, de lo político y lo económico como continentes, es decir, como entidades autónomas independientes y nos preocupamos por la forma en que se conectan o no. Y cuando –por ejemplo- afirmamos que las prácticas son complejas lo hacemos asumiendo que lo son porque allí se mezclan “lo económico”, “lo político”, “lo social” como si existieran previamente y luego la historia -que todo lo embrolla- hubiera revuelto estos hilos en esta o aquella situación específica. Suponer que “lo económico”, “lo social” o “lo político” tienen una existencia separada, como si vinieran de otro mundo y que desde allí se encarnan en lo real, es metafísica pura y dura. Lo único real son las prácticas. Todo intento de construir estas fantasmales entidades no debería hacernos olvidar que en la realidad no hay “lo económico”, “lo político” o “lo psicológico”: en realidad **toda economía es política, toda política es psíquica y toda neurosis es ideológica**¹. Esta tradición tiende entonces fácilmente a deslizarse por desfiladeros metafísicos a través de la autonomización y la consecuente libidinización de las entidades imaginarias (y de las teorías y recetas consecuentes). Lo que se ve claro y distinto a los ojos del intelecto y mucho más cuando sumamos los ojos de la emoción o la indignación son las entelequias metafísicas tanto de derecha como de izquierda que nos llevan a adherir a diferentes recetas como si fueran el santo Grial. Las prácticas –al contrario de las grandilocuencias ciclópeas de intelectuales y motivadores- se muestran grises y discretas y no movilizan las pasiones como lo hacen las primeras sino más bien la vista y el oído-para diferenciar matices, grados y dosis- y la paciencia y el pensamiento para entender y comprender y sólo después intervenir. La formación profesional y la universidad en general suele abundar en la difusión de ideas-fuerza motivadoras más que en la capacitación de la percepción de los matices o en el cultivo de la *epojé* en los y las estudiantes. Me refiero a aquella actitud epicúrea que consiste en suspender el juicio todo el tiempo necesario hasta llegar a considerar la complejidad y la singularidad de cada situación.

¹ Que “toda economía es política” lo ha demostrado largamente Marx en los tres tomos de *Das Kapital* pero también un economista contemporáneo como Thomas Piketty. Que “toda política es psíquica” está demostrado tanto en la obra de Saúl Karsz como en la de Pierre Legendre o la reciente obra del filósofo coreano Byung-Chul Han, *Psicopolítica*. Que “toda neurosis es ideológica” es una afirmación que puede rastrearse tanto en Freud como en Zafirópoulos, Althusser o Jorge Alemán entre otros.

Cuando seguimos la tradición Heráclito-Spinoza-Marx partimos de lo real fluido y turbulento donde no hay sustancias o elementos preexistentes sino que hay el torrente borrascoso donde estamos metidos hasta el cuello, incluso donde no podemos diferenciar claramente del agua y sólo con grandes esfuerzos sacamos la cabeza, tomamos algo de aire, miramos alrededor e intentamos identificar algunas corrientes marinas, vientos y mareas que nos permitan entender por dónde vamos, en qué dirección o qué posibilidades hay para esa precaria pero relativamente habitable balsa que llamamos “social”. “Social” señala de esta manera un barco fantasma y una “nave de los locos” a la vez que la única posibilidad plausible que ofrecí en las condiciones históricas dadas. Estas balsas, salvavidas y botes de los que hablamos son abstracciones, relaciones de fuerza e ideologías en choque y anudadas, funcionan también como diques provisionarios para encauzar los torrentes, ponerles algún límite o cota, imaginar que tienen alguna forma comprensible, algún recorrido o meandro trazable, pero en sí mismas son contradictorias y no tienen la consistencia o realidad de las prácticas. En definitiva, no debemos olvidar que siempre hablamos de lo social en sentido figurado, como una metáfora: “lo social” es entonces uno más de esos cuentos que nos contamos, cuentos que tienen cierta solidez y estabilidad, por supuesto. Esos cuentos que nos contamos son los discursos tanto de la sociología como de la ciencia política o de la psicología. El problema es que rápidamente solemos olvidarnos de que las entidades y objetos específicos de cada ciencia son sustancias y los imaginamos sólidos y con autonomía y allí empezamos a equivocarnos en los análisis y en los objetivos de nuestras prácticas. Cuando la epistemología afirma que las ciencias construyen sus objetos tenemos que entender que eso las separa de lo real. A lo real se acercan las ciencias trabajando la objetividad, pero no hay que olvidar dos cosas, por un lado, que existe un límite en la constitución de la objetividad, un límite no dialectizable, por lo tanto, la neutralidad o la comprensión sin fisuras de lo real es imposible y por otro lado que la exigencia de objetividad es indispensable.

Cuando afirmamos que una entidad es fantasmática, inestable y contradictoria nos ubicamos en el filo de una angosta cornisa donde es difícil mantener el equilibrio y desde la cual podemos resbalar fácilmente hacia esencialismos (sean estos conservadores, estratégicos o críticos) o hacia relativismos y nihilismos posmodernos. En la medida en que la cuestión social es fantasmática tiene –como recordábamos más arriba– una paradójica, aunque mullida consistencia.

Si le propusiéramos a Donzelot que escriba de nuevo *La Policía de las familias* (1979) probablemente relataría los mismos hechos y describiría las mismas

relaciones, pero con otros adjetivos y con valoraciones sutilmente diferentes. Donzelot describe las prácticas con maestría y detalle, pero no se puede negar que su libro deja un regusto a “esta es la manera en que se las arreglaron para oprimir y domesticar a las clases populares”, un aroma inconfundible a las críticas anti institucionales típicas de los años 70. En definitiva, el libro está escrito con una importante dosis de crítica al Estado. Esta es una impronta que ha heredado Trabajo social en general hasta nuestros días. Digamos que hoy, la primera preocupación de los y las trabajadoras sociales –o al menos de la mayoría de los textos sobre Trabajo social- es anular o reducir la dimensión tutelar de sus prácticas. Por eso se ha criticado con justa razón la denominación de “beneficiarios” (como se había criticado antes la denominación de “cliente” que usaba Mary Richmond) y por eso se han intentado otras formas de nombrar a los usuarios, como por ejemplo *co-sujetos*, e incluso se habla también de *intervención mutua* (Trabajo social y descolonialidad: epistemologías insurgentes para la intervención en lo social., 2017, pág. 213), o de *diálogo de saberes* como si hubiera una completa horizontalidad entre el profesional y las personas que llegan a su oficina, servicio o gabinete. Este es un tema que exige un largo debate, pero no considero que se trate ni de reincidir en la tutela ni de sobreactuar una horizontalidad irreal.

Pero volvamos a Donzelot y las pulsiones anti institucionales tan vigentes en la bibliografía y en la academia en general en las carreras de Trabajo Social. Pensemos que esta es una obra de 1977. Sólo 9 años después del mayo del 68 francés y en plena crítica al Estado de Bienestar asediado tanto por izquierda como por derecha. Probablemente hoy, si Donzelot reescribiera su libro cuando hablaba de “trampas y maquinaciones”, hablaría también de “compromisos y soluciones”.

La tesis de Donzelot es que el Estado burgués gobierna a través de la familia inventando “lo social”, el Estado usa a la familia como un medio para disciplinar a las poblaciones que ya no serían dominadas por la violencia y el terror como en el Antiguo Régimen sino por la biopolítica, es decir, a través de la medicina, el higienismo, la psicología, los juzgados de menores, las políticas sociales y el Trabajo social. En parte tiene razón, pero sólo si la locución preposicional “a través de” la entendemos con el significado de: *con*, *gracias a*, *en contra de* y *a favor de* –en este caso– las familias. A Donzelot le falta dialectizar su análisis. Y hablamos de Donzelot que es alguien que describe con extrema lucidez y detalle el paisaje de las fuerzas que intervienen en la historia, sin embargo, no puede escaparle a su tiempo. La cuestión social no es solamente un conjunto de dispositivos de control y de contención del conflicto social, no es sólo una forma de manipulación, es también una forma de relativa liberación, una forma en que las clases burguesas pretenden incluir parcialmente a los

desposeídos y una forma en que las clases desposeídas responden aceptando, resignándose, tensionando, agitando, presionando o negociando. Generalmente la cuestión social es narrada como la historia de la injusticia y la opresión, pero esta perspectiva es sumamente unidireccional. Las clases populares también han tensionado, presionado, cedido y negociado, incluso eventualmente han ganado a su manera en esta historia, así como lo hacen cada vez que están frente a un trabajador o trabajadora social. En todo caso son sujetos justamente por esto, no son porque sean puramente víctimas de la conculcación de derechos sino porque trazan sus propios caminos muchas veces en direcciones contrarias al deseo de los y las trabajadoras sociales. *Sujetos* en el sentido de que son opacos. Opacos para nuestras teorías -sean estas revolucionarias, críticas o clásicas- tanto como para nuestra empatías y compromisos. Hay algo que siempre desestabiliza nuestras positivities y es que los sujetos son sujetos *no* porque brillen en su dolor, vulnerabilidad o desafiliación sino porque son opacos. Por eso es siempre más interesante comprender que apiadarse y cuando decimos comprender no estamos hablando de comprender a un sujeto, no se trata de comprender la singularidad de un individuo, no se trata de comprender a Pedro o María como personas sino de comprender la singularidad de la situación donde están implicados Pedro o María. Situación que por definiciones compleja. Lo pertinente sería no tanto ponerse en el lugar del otro, indignarse o condolerse cuanto traerla situación a una superficie mejor iluminada, una superficie donde se puedan apreciar las fuerzas intervinientes, las ideologías anudadas, los goces en acto, las herramientas de que se dispone, los riesgos a tomar y las apuestas posibles a realizar.

El Trabajo social ha sido y tal vez es aún “la policía de las familias”, a la vez que un doble agente, un delegado negociador de las causas populares y un agente de aplicación de la biopolítica. Trabajo social pasa entonces de Durkheim a Marx, asociando estos dos mundos va de una tradición a la otra. Podríamos decir que trabaja con los fantasmas de la cuestión social, del lazo social, de “lo social” sin olvidarse de que lo real son las prácticas. “Social” entonces es contradictorio y lo es en el sentido de los fantasmas: entidades irreales y al mismo tiempo vitales, artificios ilusorios sin los cuales no podríamos vivir.

Es por esto que Trabajo social no es una disciplina y esto –que es difícil de decir en el mundo académico- constituye una ventaja. Señalemos algunas notas al respecto:

1. Trabajo social no es una disciplina porque no tiene un objeto propio.
2. Ser una disciplina, es decir, tener un objeto propio, no es necesariamente una ventaja ni señala un escalón superior en el conocimiento. Generalmente las disciplinas olvidan que

existe un límite en la constitución de la objetividad, un límite no dialectizable y por lo tanto tiende a sustancializar su objeto e imaginar que tiene una existencia real.

3. No ser una disciplina tiene la ventaja de estar más cerca de las prácticas, es decir, más cerca de lo real.

4. Las disciplinas, que crean su objeto, generalmente se autosatisfacen. Un fenómeno simétricamente inverso se verifica esta última década con respecto a ciertas teorías críticas, sobre todo las teorías decoloniales y muchas “epistemologías del sur” o “epistemologías situadas” que se construyen a partir de la reivindicación de su condición de *situadas*, es decir, de la determinación geográfica, étnica, de género o de opción sexual que las caracteriza y define. Estas teorías se construyen enfrentando a la idea de objetividad. Esto ha tenido el efecto no deseado de dispersarse en multitud de situaciones que en la práctica no pueden traducirse una a la otra. El gran problema hoy de las teorías decoloniales o de las epistemologías situadas que es que se van convirtiendo en círculos cada vez más pequeños, más específicos, que describen situaciones cada vez más precisas e intensas y por lo tanto inconmensurables unas con las otras. Este fenómeno está conduciendo a la consumación de cada de estas epistemologías situadas en una llama intensa y solitaria que arde en la contemplación de la propia identidad. Esta es una característica de los movimientos sociales en la actualidad, característica que los mismos teóricos decoloniales o el mismo Benaventura de Souza Santos están esforzándose últimamente en señalar. La misma lógica interna de estas teorías situadas las lleva a la inconmensurabilidad. Hoy la noción de *interseccionalidad* intenta desbloquear este fenómeno.

5. Objetividad no es sinónimo de “palabra de Dios” o de neutralidad, mucho menos de “indiscutible”. Lo indiscutible es el dogma, la fe, la teología, la religión y podríamos agregarle a este listado, los sentimientos: no te puedo discutir que estés alegre, triste o indignado. En realidad, algo es objetivo justamente cuando es discutible, argumentable, revisable según razones y rectificable (Karsz S. , 2017).

6. Trabajo social, en todo caso, es transdisciplinario, es un campo donde la neutralidad es imposible y la objetividad es indispensable. La objetividad como pretensión siempre fallada pero tendencialmente consistente.

3. Conclusiones

Trabajo social se despliega entre la tradición de Durkheim y la de Marx, entre las entidades fantasmáticas y contradictorias -pero consistentes a su manera- y el flujo de las prácticas. Entre ese hablar de *lo social* que se vuelve tantas veces metafísico, aunque frecuentemente inevitable y la perspectiva de Heráclito-Marx que nos impide olvidar que las ciencias sociales, las clasificaciones, los conceptos son posteriores a las prácticas, entidades de segundo grado, abstracciones necesarias a las que hay que darles su lugar, es decir, hay que tomarlas en cuenta, pero no al pie de la letra.

Hemos planteado que la cuestión social es una ideología práctica, una compleja positividad y uninteresante campo de batalla. No un vacío o falta (delazo) sino la complejidad de muchos lazos (varios de los cuales nos indignan). Esta complejidad incluye, por un lado, las condiciones materiales de existencia de las clases populares; condiciones que son difíciles, angustiantes, penosas o extremadamente injustas, por otro lado, las políticas sociales, las instituciones y la figura afectivo-política que toma el relevo de la caridad y que se ha dado en llamar vínculo asistencial. Esta relación está sobre determinada tanto por el Estado Burgués como por el Capital, lo que le marca sus límites y potencialidades. La política social -por su parte- designa la miseria solvente, es decir, hace a los casos abordables para los equipos y para la formación profesional de que disponemos. El Trabajo social, por lo tanto, no atiende a los sujetos de derechos en cuanto tales sino a sus clientes y no se encarga de las condiciones materiales de existencia más que de forma paliativa, pero “es potente en lo que respecta a las ideologías con las que la gente soporta o no soporta más- sus condiciones materiales de existencia” (Karsz S., 2007).

Este conjunto constituye lo que se suele llamar cuestión social, un precipitado que tiene tanto en las clases populares como en las clases burguesas una estabilidad precaria, lábil y en ciertas condiciones altamente explosiva. Se trata de un espacio limitado, contradictorio y de imposible resolución donde se anudan intereses y goces, donde se celebran pactos entre sectores y clases, donde todo recurso y toda intervención será siempre insuficiente y donde -sin embargo- una cierta potencia y posibilidades se abren a condición de dejar de considerarla una enfermedad a curar.

Saúl Karsz señala que la cuestión social es menos una pregunta que una respuesta. Se trata de la respuesta a un cierto choque de fuerzas históricas (de clase, de género, de raza) que da por resultado vencedores y vencidos, pero también prácticas articuladoras (Laclau, 2005), es decir alianzas, acuerdos, transacciones que constituyen el menú de las formas posibles de consentimiento (aceptación-resignación-tensión-negociación) que estas clases

pueden asumir respecto del orden burgués imperante. Una respuesta que trata de contener “el peso inútil del mundo” sin cambiar fundamentalmente el modo de reproducción capitalista, pero poniendo límites al discurso del odio (racista, misógino, clasista, machista) que se renueva periódicamente en Occidente y que enarbola la muerte como solución final a la cuestión social.

Hemos tratado de definir la cuestión social desde las prácticas de intervención más que desde las categorías grandilocuentes de los idealismos críticos o desde los análisis demasiado macros de ciertas sociologías. En cambio, nos hemos mantenido cercanos al pragmatismo del que procede el Trabajo social (Travi, 2006) y que sería posible incluir en la gran familia de los materialismos de las prácticas que para nosotros representa la tradición filosófica generada por Spinoza, Marx, Nietzsche y Freud, tradición continuada por Althusser y Lacan y que puede verse aplicada al análisis de las prácticas de intervención social en la Clínica transdisciplinaria (Karsz S., 2007). El resultado ha sido la cuestión social presentada no como una negatividad, falla o error sino como una interesante, abigarrada y adamscada ideología material, una realidad notablemente consistente, claramente dialéctica y relativamente autónoma.

No como un problema a resolver sino más bien como un territorio a habitar, no como una tara a remediar sino más bien un precario ecosistema a proteger, no un vacío a llenar sino un campo de batalla a defender. Y defender el campo de batalla no quiere decir aniquilar al enemigo o plantearlas cosas en términos de vencer o morir, sino cuidar las condiciones de posibilidad que permitan seguir dando la batalla, una y otra vez en esta guerra de guerrillas que es la cuestión social. Desde esta perspectiva proletario no es un mérito, pobre no es un manto de gloria, burgués no es un insulto y la contradicción no es el mal a erradicar sino más bien lo que nos permite respirar. Se trata de poner al descubierto las tensiones, fuerzas y desafíos a los que la llamada cuestión social responde a fin de contribuir a modificar el orden del mundo. Se trata de plantear tan rigurosamente como sea posible las preguntas que dicha respuesta se empeña en soslayar.

4. Bibliografía

Borgianni, E. e. (2003). *Servicio Social Crítico*. San Pablo: Cortez Ed.

Donzelot, J. (1979). *La policía de las familias*. Barcelona: Pre-textos.

Donzelot, J. (2007). *La invención de lo social*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Hermida, M. E. (2017). *Trabajo social y descolonialidad: epistemologías insurgentes para la intervención en lo social*. Mar del Plata.: EUDEM.

Karsz, S. (2007). *Problematizar el trabajo social. Definición, figuras, clínica*. Barcelona: Gedisa.

Karsz, S. (2017). *Affaires sociales, questions intimes*. París: Dunod.

Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.

Lobos, N. (2020 set). Ni un solo milagrito. Sobre la recepción de las teorías críticas en Trabajo social. *Margen n° 98*, 1 -12.

Lobos, N. (2020. Junio). "La cuestión social para quien la trabaja. Pensar desde las prácticas interventivas (más que desde idealismos críticos o sociologías hiperbólicas)". *Revista Debate Público N° 19*, 129-139.

Lobos, N. (mayo de 2021). Lo real y el pensamiento crítico en escenarios turbulentos. Pandemia: cuando no "todo es político" ni "todo es cuestión de actitud". *ConCiencia Social N° 8*.

Maldonado Torres, N. (s.f.). *El giro decolonial*. Obtenido de <http://ramwan.net/restrepo/decolonial/17-maldonado-colonialidad%20del%20ser.pdf>.

Santos, B. d. (2003). *La caída del Angelus Novus: Ensayos para una nueva teoría social y una nueva práctica política*. Bogotá: ILSA.

Travi, B. (2006). *La dimensión técnico-instrumental en Trabajo Social*. Buenos Aires: Espacio.